

rias vino á caer la plática sobre el comercio y las grandes ventajas que ofrecía.

Con este motivo le conté el atraso que habia padecido por el contrabando que me decomisaron. Mostró él afligirse mucho y condolerse de mi desgracia, y mas cuando supo lo poco que me habia quedado de principal. Pero por fin me preguntó: ¿vd. qué giro piensa tomar con tan escaso dinero? Yo le respondí: pienso volverme á Jalapa dentro de quince días, llevar empleados en algunas maritatas los pocos medios que han quedado, dejar á mi mujer en casa de su madre y continuar en la viandancia. Amigo, esa es una bobera, dijo el marques: creo que por mucho que vd. trabaje nada medrará; porque un puntero tan miserable ha de dejar mas miserables utilidades, las que vd. ha de consumir precisamente en gastos de camino y en subsistir, y jamas se juntará con diez mil pesos suyos ni se podrá prometer ningun descanso.

Ya lo veo así, le dije; mas es forzoso trabajar para comer, y cuando solo esto consiga no haré poco. Bien, dijo el marques; pero cuando al hombre de bien se le facilita una proporcion ventajosa, no debe ser omiso ni despreciarla. Esa es la que á mí no se me facilita, le contesté ¿Luego si á vd. se le facilitara, dijo el marques, admitiría? Precisamente, señor, le respondí; no habia de ser tan necio. Pues amigo, añadió: alegrarse que la situacion de vd. y los infortunios que ha sufrido me compadecen demasiado. Vd. nació para rico; pero la suerte siempre es cruel con los buenos. No obstante, mi compasion no se queda en palabras: amo á vd. por una oculta simpatía: soy rico..... últimamente, quiero hacerlo hombre. ¿Dónde vive vd? Le contesté que en el meson. Pues bien, añadió, mañana espéreme vd. entre once y doce, y crea que no le pesará la visita. ¿Ya me conoce vd? No señor, le dije, solo para servirle. Pues soy, prosiguió, su amigo el marques de T. que tengo proporciones y deseo emplearlas en favorecer á vd.

Le dí las debidas gracias, añadiendo: que si S. S. no gustaba incomodarse en pasar á mi casa, yo pasaria á la suya á la hora que mandase. No, no, me contestó: si yo gusto mucho de visitar á los pobres, y á mas de que estos pasos los doy tambien en obsequio de mi salud, porque me conviene hacer algun ejercicio á pié.

Diciendo esto, se comenzaron á levantar algunos para bailar contradanza, y llegando á convidar al marques, se levantó éste y fué á sacar á mi mujer, á tiempo que un capitán estaba en la misma solicitud. Cate vd. que sobre quién de los dos habia de bailar se trabó una disputa reñidísima, alegando cada uno las excepciones que le parecian; pero como á ninguno de los dos satisfacian los alegatos del contrario, pues cada uno decia que no podia quedar desairado ni permitir que su honor se atropellase en público (1), se fueron excediendo de unas palabras en otras, hasta decírselas tan injuriosas, que á no alborotarse las mujeres y mediar varios sujetos de respeto, se afianzan á bofetadas; pero las señoras les tenian bien guardados los espadines.

En fin, ellos, quisieron que no quisieron, se sosegaron, concluyéndose la cuestion con que mi mujer no bailara con ninguno, como debia ser, y de este modo quedaron algo satisfechos; aunque toda la gente se disgustó, y yo mas que nadie, al ver la ridiculidad de los contendientes, que no parecia sino que disputaban una cosa suya.

(1) Rigurosamente hablando no es otra cosa el honor sino el conato de conservar la virtud, esto es, que cualquier hombre puede decir con razon que le ofenden su honor cuando lo calumnian de ladron, le seducen á su mujer, ó le imputan algun vicio; y en este caso, esto es, estando inocente, le es muy lícito el defenderse y vindicar su honor segun el orden de la justicia: pero por desgracia esta palabra honor se ha corrompido, y se la ha hecho sinónima de la venganza, vanidad y demas eaprichos de los hombres. Muchos hacen consistir su honor en el lujo, aunque para sostenerlo se valgan de unos medios indecorosos y prohibidos: otros en vengar la mas mínima ofensa, y los fueros siempre fueron canonizados por el honor: otros quieren que su honor consista en salirse con cuanto quieren, como el marques: otros exigen con puntualidad la mas minuciosa veneracion de sus súbditos; y otros en tales cosas como éstas; pero á la verdad nada de esto es honor.



El marques con algun entono de voz me dijo: vámonos Don Antonio; y yo, no atreviéndome á oponerme á mi presunto protector, le obedecí, y me salí con él y mi esposa, dejando sin duda harta materia para que se ejarcitara la crítica maliciosa de los que se quedaron.

Salimos para la calle; el marques nos hizo lugar en su coche, y mandó que parase en una fonda.

Yo y mi esposa lo resistiamos; pero él insistió en que cenara mi esposa alguna cosita, y que si queria divertirse aquella noche, que se buscara otro baile, y caso de no hallarse lo haria en su misma casa. Nosotros agradecemos su favor, suplicándole no se empeñara en eso, pues ya era tarde.

En esto llegamos á la fonda, donde el marques hizo poner una mesa espléndida, al modo de fonda, quiero decir mas abundante que limpia ni curiosa; pero así, y siendo solo tres los cenadores, tuvo que pagar dos onzas de oro, que tanto le cobró el marmiton.

Así que salimos de la fonda, traté yo, de despedirme; pero el marques no lo consintió, sino que nos llevó al meson en su coche, y se volvió á su casa.

Yo tenia un eriado muy fiel llamado Domingo, que hace papel en esta historia, y éste tenia cuidado de abrirnos á la hora que veniamos, como lo hizo esa noche.

Nosotros, que ya habiamos cenado, no tuvimos mas que hacer que acostarnos; aunque yo no cabia en mí de gusto, considerando la fortuna que me aguardaba con la proteccion de aquel caballero. Mi esposa advirtió mi desasosiego, me preguntó la causa, y le referí cuanto me habia pasado con el marques, de lo que la pobrecilla se alegró mucho, no creyendo, como ni yo tampoco, que los fines de tal proteccion eran contra su honestidad y mi honor.

Hay en el mundo muchos protectores como éste, que no saben

dar un real de limosna, y sacrifican sus respetos y su dinero por satisfacer una pasion. Nos recogimos y dormimos el resto de la noche tranquilamente.

Al dia siguiente, á la hora prefijada por el marques, estaba éste en casa. Justamente era dia de años del rey, ó no sé qué; ello es que mi gran protector fué en un famoso coche y vestido de gala.

Nos saludó con mucho cariño y cortesía, y despues de haber hecho una ligera crítica del pasaje de la noche anterior, me dijo: amigo, he venido á cumplir mi palabra, ó mas bien, á asegurar a vd. en mi palabra; porque el marques de T. lo que una vez dice, lo cumple como si lo prometiera con escritura. Diez mil pesos tengo destinados para habilitar á vd. con una memoria bien surtida para que vaya vd. á la Feria de San Juan de los Lagos, con el bien entendido de que todas las utilidades serán para vd. Con que manos á la obra. ¿Qué determina vd? Yo le dí las gracias por su generosidad, ofreciéndole que dentro de doce ó catorce dias recibiria la memoria y marcharia para San Juan.

¿Pero porqué hasta entonces? preguntó el marques; y yo le dije que porque queria ir á llevar á mi esposa con su madre, pues en México no tenia casa de confianza donde dejarla, ni me parecia bien se quedara sola, fiada únicamente al cuidado de una criada.

Muy bien pensado está lo segundo, dijo el marques; pero tampoco puede ser lo primero, porque yo trato de favorecer á vdes.; mas no de perder mi dinero, como sucederia seguramente si difiriera mandar mis efectos hasta cuando vd. quiere; porque vea vd.: se necesitan lo menos seis dias para buscar mulas y arrieros, para recibir la memoria y acondicionarla. A mas de esto, son menester siquiera doce dias para que llegue vd. á su destino; la feria no tarda en hacerse, y yo quiero que el sujeto que vaya, si vd. no se deter-



mina, no pierda tiempo, sino que aligere, para que logre las mejores ventajas siendo de los primeros. Esta es mi resolucior; mas no es puñalada de cobarde que no da tiempo. Voy al besamanos, y de aquí á una hora daré la vuelta por aca. Entre tanto, vd. vea lo que determina con despacio, y me avisará para mi gobierno. Diciendo esto se fué.

¿Quién habia de pensar que cuando el marques mostraba mas indiferencia en que me fuera ó no me fuera pronto de México, era cuando puntualmente apuraba todos sus arbitrios para violentar mi salida? ¡Ah pobreza tirana, y cómo estrechas á los hombres de bien á aventurar su honor por sacudirte!

En un mar de dudas nos quedamos yo y mi esposa, pensando en el partido que deberiamos tomar. Por una parte, yo advertia que si dejaba pasar aquella ocasion favorable, no era tan fácil esperar otra semejante, y mas en mi edad; y por otra, no sabia que hacer con mi esposa ni donde dejarla, porque no tenia casa de mi satisfaccion en México, para el efecto.

Mil cálculos estuvimos haciendo sin acabar de determinarnos, y en esta ansiedad y vacilacion nos halló el marques cuando volvia de su cumplido. Entró, se sentó y me dijo: por fin, ¿qué han resuelto vdes? Yo le respondí de un modo que conoció el deseo que tenia de aprovecharme de su favor, y el embarazo que pulsaba para admitirlo, y consistia en no tener donde dejar á mi esposa. A lo que él con mucho disimulo me contestó: es verdad. Ese es un motivo tan poderoso como justo, para que un hombre del honor de vd. prescindá de las mayares conveniencias; porque en efecto, para ausentarse de una señora del mérito de la de vd. es menester pensarlo muy despacio, y en caso de decidirse á ello, es necesario dejarla en una casa de mucha honra y de no menos seguridad; pues no porque la señorita no se sepa guardar en cualquier parte; sino por la ligereza con que piensa el vulgo malicioso de una mujer sola y

hermosa; y tambien por las seducciones á que queda espuesta; porque, no nos cansemos, y vd. dispense señorita, el corazón de una dama no es invencible: nadie puede asegurarse de no caer en un mundo sembrado de lazos; y el mejor jardin necesita de cerca y de custodia; y luego en este México..... en este México donde sobran tantos pícaros y tantas ocasiones. Así que, yo le alabo á vd. su muy justo reparo, y desde luego soy el primero que le quitaré de la cabeza todo contrario pensamiento. Este era el camino único que yo tenia de favorecer á vd.; pero Dios me libre de ser una causa ni remota de su desasosiego, ó tal vez..... No amigo, no: piérdase todo, que el honor es lo primero.

Aquí hizo punto el marques en su conversacion, y yo y mi esposa nos quedamos sin poder disimular el sentimiento que nos causó ver frustradas en un momento las esperanzas que habiamos concebido de mudar de fortuna en poco tiempo. ¡Ah maldito interes, á qué no espones á los miserables mortales!

Mi piadoso protector era muy astuto, y así fácilmente conoció en nuestros semblantes el buen efecto de su depravada maquinacion, la que tuvo lugar de llevar al cabo, á merced de la sencillez de mi esposa.

Fué el caso, que adolorida al ver que aunque sin culpa, ella era el obstáculo a mi ventura, me dijo: pero mira, Antonio, si lo que te detiene para recibir el favor del señor, es no tener donde dejarme, es fácil el remedio. Me iré contigo, que á bien que sé andar á caballo..... No, no, dijo el marques, eso menos que nada. ¡Qué disparate! ¿Cómo habia yo de querer que vd. se expusiera á una enfermedad en una caminata tan larga? Ni era honor del Sr. Don Antonio el permitirlo. ¿No ve vd. que los hombres de bien si trabajan es porque sus mujeres disfruten algunas comodidades? ¿Cómo habia de entregar á vd. á los soles, desveladas, malas comidas y demas penurias de un camino largo? No señorita, ni pensarlo.



Mejor es el medio que voy á proponer. y siempre que vdes. se conformen con él me parece que no tendrán por qué arrepentirse.

Con tanta ansia como boberia le rogamos que nos lo declarara, y el marques sin hacerse del rogar, dijo:

Pues señores, yo tengo una tia que no solo es honrada, sino santa, si puedo decirlo. Ella es una pobre vieja, beata de San Francisco, doncella, que se quedó para vestir santos y regañar muchachos; es muy rezadora y escrupulosa, de las que frecuentan el confesionario cada dos dias. Su casa es un convento; pero ¿qué digo? es un poco peor. Allí apenas va una ú otra visita, y eso de viejas, como dice ella; porque *calzonudos*, segun dice, no pisarán su estrado por cuanto el mundo tiene. A las oraciones de la noche ya está cerrada la casa y la llave bajo la almohada. Sus mayores paseos son á la iglesia y á los hospitales el domingo, á consolar á las enfermas. En una palabra, su vida es de lo mas arreglada, y su casa puede servir de modelo al mas estrecho monasterio.

Pero no piense vd., señorita, por esto, que es una vieja tétrica y ridícula. Nada de eso. Es de lo mas apacible y cariñosa, y tiene una conversacion tan suave y tan divertida, que con sola ella entretiene á cuantos la visitan.

En fin, si vd. es capaz de sujetarse á una vida tan recóndita por dos ó tres meses que podrá dilatarse su esposo de vd. cuando mas, me parece que no hay cosa mas á propósito.

Mi esposa, á quien en realidad yo habia sacado de sus casillas, como dicen, porque ella estaba criada en igual recogimiento que el que acababa de pintar el marques, no dudó un instante responder: que ella iba á los bailes y á los paseos porque yo la llevaba; pero que siempre que quisiera dejarla en esa casa, se quedaria muy contenta y no extrañaria otra cosa mas que mi ausencia. Yo me alegré mucho de su docilidad, y acepté el nuevo favor del marques,

dándole las gracias y quedando contentísimo de ver resucitadas mis esperanzas y tan asegurada mi mujer.

El marques manifestó igual contento, segun decia, por haberme servido, y se despidió, quedando en volver al otro dia, así para darme á conocer en el almacén donde me habian de surtir y entregar la memoria, como para llevarnos á la casa de la buena señora su tia.

El resto de aquel dia lo pasamos yo y mi esposa muy alegres haciendo mil cuentas ventajosas, paseándonos en el jardín de los bobos.

Al siguiente ya el marques estaba en el mesón muy temprano. Me hizo entrar en su coche y me llevó al almacén, donde dijo se me surtiera la memoria de que habia hablado el dia anterior, y se me entregase segun los ajustes que yo hiciera y como quisiera, y que él no era mas que un comisionado para responder por mí y darme aquel conocimiento.

El comerciante al oír esto, creyendo que era verdad lo que decia el marques, me hizo mil zalemas y se despidió de mí con mas cariño y cortesía que la que usó cuando entré en su casa. Ya se vé, no era por mí, sino por los pesos que pensaba desembolsarme.

Corrido este paso, volvimos al mesón, y el marques hizo vestir á mi esposa, y nos fuimos á Chapultepec (1), donde tenia dispuesto un famoso almuerzo y comida.

Pasamos allí una mañana de campo bien alegre en aquel bosque, que es hermoso por su misma naturaleza. A la tarde, como á las cuatro, nos volvimos á la ciudad, y fuimos á parar á la casa de la señora tia.

[1] Un hermoso bosque extramuros de México, aunque sin cosa mas notable que el palacio que fabricó en él el Sr. Don Bernardo de Galvez, virey que fué de Nueva España; sin embargo, suele servir de paseo.



Apeámonos, entró el marques, tocó la campanilla del zaguan, bajó una criada preguntando quién era. Respondió el marques que él. Pues voy á avisar á la señora, dijo la criada, que aquí no se le abre á ningun señor, si mi ama no lo ve por el escotillon de la sala Espere vd.

En efecto, nos estuvimos esperando ó desesperando como un cuarto de hora, hasta que oimos sonar una ventanita en el techo del mismo zaguan. Alzamos la vista, y vimos entre tocas á la venerable vieja con sus anteojos, mirándonos muy despacio, y volviendo á preguntar que quien era. El marques como enfadado le dijo: yo, tía, yo, Miguel. ¿Abren ó no? A lo que la vieja respondió: ¡ah! sí, Miguelito, ya te conozco mi alma; ya te van á abrir; pero ese otro señor ¿viene contigo, hijo? ¡Oh porra! dijo el marques, ¿pues con quién ha de venir? Pues no te enojés, dijo la vieja, van.

Con esto cerró el escotilloncito, y el marques nos dijo: ¿qué les parece á vdes? ¿Han visto clausura mas estrecha? Pero no se aturda vd., niña, no es tan bravo el leon como se pinta.

A este tiempo llegó la vieja criada y abrió el postigo. Entramos: subimos las escaleras, y ya estaba esperándonos en el porton la señora tía, vestida con su hábito azul y sus tocas reverendas, con sus anteojos puestos, un paño de rebozo fino de algodón, y su rosario en la mano. Como le debí tantos favores á esta buena señora, conservo su imágen muy viva en la memoria.

Nos recibió con mucho cariño, especialmente á mi esposa, á quien abrazó con demasiada expresion, llenándola de *mi alma y mi vida*, como si de años atrás la hubiera conocido. Entramos adentro, y á poco nos sacaron muy buen chocolate.

El marques la dijo el fin de su visita, que era ver si queria que aquella niña se quedara unos dias en su casa. Ella mostró que en eso tendria el mayor gusto; pero que no tenia mas defecto que no ser amiga de paseos ni visitas, porque en eso peligraban las almas;

y en seguida nos habló como media hora de virtud, escándalo, reatos, muerte, eternidad, etc., amenizando su plática con mil ejemplos, con los que tenia á mi mujer enamorada y divertida, como que era de buen corazon.

Aplazado el dia de su entrada en aquel pequeño monasterio, nos dijo: sobrino, señores, vengan vdes. á ver mi casita, y que venga mi novicia á ver si le gusta el convento.

Condescendimos con la reverenda, y á mi esposa le agrado mucho la limpieza y curiosidad de la casa, particularmente los cristales, pajaritos y macetas.

En esto se pasó la tarde, y nos despedimos, saliendo mi mujer prendadísima de la señora.

Nosotros nos quedamos en el meson, y el marques se fué á su casa. En los seis dias siguientes recibí la memoria, solicité mulas y dejé listo mi viaje; pero en todo este tiempo no se descuidó mi protector en obsequiar y pasear á mi esposa, porque decia que era menester divertir á la nueva monja.

Es verdad que yo, mirando el extremo del marques con ella, no dejaba de mosquearme un poco; pero como tenia tanta satisfaccion en el amor y buena conducta de mi esposa, no tuve embarazo para comunicarla mis temores: á lo que ella me contestó que los despreciara, lo uno porque me amaba mucho y no seria capaz de ofenderme por todo el oro del mundo; y lo otro, porque el marques era el hombre mas caballero que habia conocido, pues aun cuando salia con mi permiso con él y una criada en su coche, jamas se habia tomado la mas mínima licencia, sino que siempre la trataba con decoro. Con esta seguridad me tranquilicé, y traté de salir de esta capital á mi destino:

Díjele un dia al marques como todo estaba corriente, y él que no deseaba otra cosa que verse libre de mí, me dijo que á la tarde ven-



dria para llevarme á la casa de su deuda, y yo podría salir la mañana siguiente.

Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo, para tener un criado de confianza á quien mandar si se le ofrecía alguna cosa. Yo accedí á su gusto sin demora, y el marques no puso embarazo en ello; antes dijo: mejor, se le dará un cuarto abajo á Domingo, y les podrá servir de portero y compañía.

Mientras que el marques se fué á comer compuse el baúl de mi esposa, dejándola mil pesos en oro y plata, por si se le ofreciere algo.

Cuando el marques vino, no habia mas que hacer que la llevada de mi esposa, cuya separacion le costó, como era regular, muchas lágrimas; pero al fin se quedó, y yo marché en la misma tarde á dormir fuera de garita.

Aquí llegaba Don Antonio, cuando uno de los reglamentos de la cárcel volvió á interrumpir su conversacion.

## CAPITULO VII.

Cuenta PERQUILLO la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo, y Don Antonio concluye su historia.

**L** motivo porque se volvió á interrumpir la conversacion de Don Antonio, fué porque serian como las cinco de la tarde cuando bajó el alcaide á encerrar á los presos en su respectivo calabozo, acompañado de otros dos que traian un manojo de llaves.

Luego que encerró á los del primer patio pasó al segundo, y el

feroz presidente, aun amostazado contra mí, sin razon, me separó de la compañía de Don Antonio y me llevó al calabozo mas pequeño, sucio y lleno de gente. Entré el último, y cerrando con los candados, quedamos allí como moscas en cárcel de muchachos.

Por mi desgracia, entre tanto hijo de su madre como estaba encerrado en aquel sótano, no habia otro blanco mas que yo, pues todos eran indios, negros, lobos, mulatos y castas, motivo suficiente para ser en la realidad, como fuí, el blanco de sus pesadas burlas.

Como á las seis de la tarde encendieron una velita, á cuya triste luz se juntaron en rueda todos aquellos mis señores, y sacando uno de ellos sus asquerosos naipes, comenzaron á jugar lo que tenian.

Me llamaron á acompañarlos; pero como yo no tenia ni un ochavo, me escusé confesando lisa y llanamente la debilidad de mi bolsa; mas ellos no lo quisieron creer, antes se persuadieron á que ó era una ruinada mia, ó vanidad.

Jugaron como hasta las nueve, hora en que ya apenas tenia la vela cuatro dedos y no habia otra; y así determinaron cenar y acostarse.

Se deshizo la rueda, y comenzaron á calentar sus ollitas de alberjones en un pequeño brasero que ardia con cisco de carbon.

Yo esperaba algun piadoso que me convidara á cenar, así como me convidó Don Antonio á comer; pero fué vana mi esperanza, porque aquellos pobres todos parecian de buen diente y mal comidos, segun que se engullian sus alverjones casi frios.

Durante el juego yo me habia estado en un rincon, envuelto en mi zarape y rezando el rosario con una devoción que tiempo habia que no lo rezaba: ya se vé, ¿qué navegante no hace vótos al tiempo de la borrasca?

Las maldiciones, juramentos y palabrotas indecentes que aquella familia mezclaba con las disputas de juego, eran innumerables y